

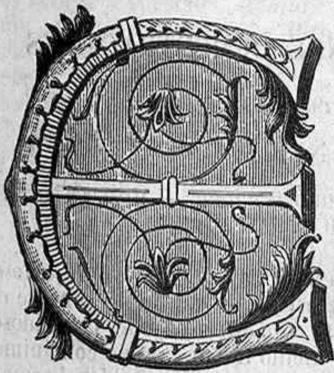


NUM. 11. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs., un año 80 rs.

MADRID 18 DE MARZO DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO X.

REVISTA DE LA SEMANA.



El invierno se resiste á abandonarnos. Envalde la primavera con el calendario en la mano aduce sus derechos á la presente estacion; el frio, refugiándose en las últimas trincheras, despliega todo su aparato de nieves y granizos, de lluvias y vientos, y quema los

tempranos retoños de los árboles y arroja al suelo sus adelantadas flores. La cuaresma, ya bastante triste de por sí, con este aditamento de nubes y temporales, nos tiene metido el corazón en un puño. Por fortuna los teatros por un lado, y las reuniones particulares por otro, ofrecen un refugio á la buena sociedad madrileña que se ve privada de asistir á sus paseos favoritos. La vida activa de la corte se ha reconcentrado en el interior de sus círculos especiales.

Tratemos de penetrar en algunos para trazar en un par de rasgos nuestra periódica revista.

Entre las fiestas musicales celebradas en los salones que tienen hoy el privilegio de reunir á lo mas *fashionable* del gran mundo, debemos colocar desde luego la que ha tenido lugar últimamente en casa de la señora condesa de Montijo. El *Stabat Mater* de Rossini, una de las mas espontáneas y melódicas inspiraciones del célebre maestro italiano, ha sido interpretado en la reunion del domingo de un modo tan correcto y con una unidad y un buen gusto tales, que han sobrepujado á la ventajosa idea que los concurrentes tenían formada de antemano de esta *soirée* musical, juzgando por el nombre de las conocidas y elegantes alicionadas que tomaron parte en ella,

Las letras han tenido asimismo en la pasada semana ocasion de ser objeto de plácemes entre el círculo de sus apasionados. La real Academia Española ha reforzado sus filas con un nombre célebre en nuestras discusiones parlamentarias, y que ha brillado y brilla aun en el foro como una de sus glorias. Aludimos al señor don Antonio Aparisi elegido por voto unánime de los individuos de aquella respetable corporacion, para ocupar el sitio que ha dejado vacante á su muerte el ilustre marqués de Pidal. Sean las que fueren las ideas políticas del señor Aparisi, nosotros felicitamos con toda sinceridad á la Academia por haber hecho recaer su eleccion en un hombre de corazón sano, de convicciones arraigadas y profundas, y cuyos méritos y extraordinarios talentos no pueden ponerse en duda.

La reunion literaria que ha tenido lugar en el gabinete de medallas de la Biblioteca Nacional para hacer entrega del premio otorgado en el último concurso, no ha sido menos satisfactoria para cuantos tuvimos el gusto de concurrir á ella. Presidia el acto el señor ministro de Fomento, asistiendo á mas de el señor Silvela, director de Instruccion pública y de algunas otras personas notables por su posicion oficial, otras muchas conocidas por sus obras en la república de las letras. No hemos leído aun el libro del señor Alenda *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*; pero á juzgar por el asunto y creyendo que para merecer la distincion que ha merecido, deberá reunir las condiciones que un trabajo de esta índole exige, no dudamos que su lectura abrirá un ancho campo y ofrecerá datos preciosos para los estudios de trages, usos y costumbres de nuestro pais, asi como de las artes y la literatura que tanto han contribuido siempre al mayor lucimiento de tales fiestas. En esta misma reunion y despues que el señor Hartzenbusch dió cuenta en una luminosa memoria de los trabajos llevados á cabo en el ramo de bibliotecas y archivos, don Cayetano Rossell dió á conocer algunas de las cartas inéditas de don Leandro Fernandez de Moratin, cuya colleccion se ha mandado publicar por el ministerio de Fomento. Cuantos admiran la gracia, las dotes de observador profundo y la pureza de lenguaje que adornan al clásico autor de *El sí de las niñas* y *El Café*, están de enhorabuena con la publicacion de estas epistolitas, en las cuales Moratin trata los mas variados asuntos con el estilo ameno, ligero y cómico que tan bien sienta á este género especial de literatura y que

es seguramente el que con mas facilidad manejaba.

Respecto á política tambien se nota alguna animacion y podemos decir como la criada de *El marqués de Caravaca* de Ventura de la Vega, ¡*Se charla, se charla, se charla!* En efecto, se charla en las Cámaras, se charla en los salones de conferencias, se charla en los casinos y en los cafés y en las esquinas, y mientras en estos corros y corrillos cada cual arregla el país á su modo y deja en pañales al mismo Nostradamus respecto á profecias, los acontecimientos siguen su curso. Qué curso siguen estos acontecimientos es lo que no nos atreveremos á decir. EL MUSEO, quizás cometiendo una indiscrecion se ha aventurado alguna vez á alargar el cuello y á meter un poco la cabeza por la entreabierta puerta de la política. Despues de haberle dado repetidas veces, como vulgarmente se dice, con la puerta en los hocicos, ha decidido la enmienda, sentándose en el dintel para descansar un momento, y una vez descansado, tomando el rumbo para otra parte.

El caso es que la semana anterior la política extranjera, única en que por un exceso de longanimidad se nos permite echar de vez en cuando un cuarto á espadas, ha ofrecido tan poco asunto para nuestra revista, que será preciso hablar á nuestros lectores de otra cosa.

En París, por ejemplo, tanto ó mas que de los discursos de la Cámara, se habla en la actualidad de la llegada del abate Litz, el cual ha ido á dirigir personalmente el ensayo de su magnífica misa.

En Roma, despues de haberse celebrado la tradicional ceremonia de la bendicion de *La Rosa de Oro*, todo el mundo se deshace en congeturas acerca del destino que se dará este año al simbólico presente con que Su Santidad obsequia al soberano que mas se ha distinguido en la defensa de los intereses católicos.

Desde el curioso asunto juridico que llama la atencion en Lóndres entablado por una señora particular que fundándose en títulos valederos, trata de que se la reconozca como miembro de la familia real inglesa, hasta el extravagante fenómeno ocurrido en un punto de América, donde otra individua ha dado á luz en un solo parto á tres hijos varones, cada cual de una raza y de un color distinto, raro es el país que no ha ofrecido alguna cosa notable.

Sin embargo, la mas notable es y seguirá siéndolo aun muchos dias, la coincidencia geológica que ha podido observarse últimamente por los que se dedican á este género de estudios. Al mismo tiempo que un

movimiento volcánico ha hecho aparecer un nuevo islote en las costas de Grecia, el capitán de un buque que navega en los mares de Australia da cuenta de la desaparición de uno de los puntos señalados en la carta marina de aquellas regiones.

Unas veces con los sacudimientos de la tierra, coincidiendo con la erupción de un volcán, en puntos lejanos entre sí, otras con estas inmersiones y apariciones que ofrecen cierta analogía en el fenómeno que las produce, nunca faltan á la ciencia áridos y difíciles problemas que resolver. De Francia, y por orden de su gobierno, ha salido una comisión de hombres eminentes, con rumbo á Grecia, para estudiar esta cuestión. Veremos qué sacan en limpio.

Ahora, y trasladándonos á nuestro país desde la región, objeto de esos estudios, diremos, según costumbre, algunas palabras sobre teatros para terminar la revista.

En el Real sigue Tamberlik recogiendo aplausos en *La Africana*; el nombre de César continúa apareciendo en los carteles del Príncipe; el teatro de Jovellanos es el único que acaba de ofrecer una novedad, si novedad puede llamarse el arreglo de una bufonada escénica que ya hemos visto antes de ahora representada en Madrid por una compañía de actores franceses.

Titúlase este arreglo *Los Cómicos de la legua*, y como puede inferirse del asunto, mucho más sabiendo que toman parte en él Caltañazor y Arderius, creemos escusado decir que es perfectamente á propósito para reír un rato.

Cuando en todos terrenos se encuentran tantos motivos para afligirse, no nos parece completamente inoportuna la aparición de una obra que solo aspira á regocijar el ánimo, aunque sea á fuerza de disparates. Los disparates tienen también su mérito. No todo el que quiere disparata con gracia, por más que muchos prueben á hacerlo. Testigo el pobre Olona, que en su género bueno ó malo, pero indudablemente divertido, sigue siendo inimitable.

Por la revista y la parte no firmada de este número,
GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

ENTOMOLOGIA AGRICOLA.

INSECTOS DAÑINOS.—LANGOSTA.

(CONCLUSION.)

Para destruir las langostas y los saltamontes en el estado de ninfa, ó sea de salton, pueden emplearse varios medios, pues conviene no desperdiciar esta ocasión, y dar lugar á que se haga más difícil su esterminio, porque siempre se ha de tener presente, que del abandono con que se mira la langosta perenne, dejándola en entera libertad de reproducirse, llega á aumentarse con suma facilidad, y da por resultado, al cabo de poco tiempo, esas falanges de langostas trasterminantes que destruyen las cosechas. Así, pues, si la plaga fuese algo numerosa, debe disponerse una especie de ojeo, para lo cual se abrirá una zanja circular, dejando la tierra amontonada en la parte anterior, donde habrá diferentes operarios prevenidos para enterrar los saltones, á medida que fuesen cayendo. Para arrojarlos en las zanjas se estenderá una cuerda, á la cual se atarán alternativamente unos hacecillos de paja larga ó zoquetes de madera bien pesados, ó en su defecto cantos ó trozos de ladrillo. Cada dos cuerdas irán tiradas y arastradas por tres hombres, con lo cual se conseguirá el ir barriendo los langostillos hácia las zanjas en que han de ser enterrados. También pueden usarse con ventaja unos zurriagos hechos con correas anchas ó con cuerdas, á las cuales se atarán unos manojos de esparto, de broza, ramas pequeñas ó madejas de tomi-za formando unas especies de disciplinas, ó ya también unos atados ó especie de escobas largas hechas de retama ó de ramas de árboles, con las cuales se azotará el terreno. Los trabajadores que usen de estos zurriagos formarán círculo, caminando hácia el centro sin dejar de golpear á los insectos para matarlos, siendo también en este caso muy conveniente el introducir en estas manchas los cerdos y las manadas de pavos para que ayuden á su destrucción. Si la ninfa estuviese ya crecida y próxima á pasar al estado de *insecto perfecto*, ó sea de langosta voladora, en cuyo caso ha adquirido una extraordinaria agilidad, y su número fuese por desgracia sumamente crecido, en semejante circunstancia es muy conveniente el uso de los *buitrones*, puesto que con cada uno de éstos, si son de los mayores, pueden cogerse en un día 12, 16 y aun 20 fanegas de saltones, empleándose en esta operación tan solo ocho personas. Hé aquí el método que según las ordenanzas debe seguirse para conseguir este ventajoso resultado.

Los *buitrones* se hacen de lienzo vasto y son de tres maneras. Los mayores son como una sábana de 3 ó 4 metros en cuadro, con una rotura redonda en el centro como de una tercia de diámetro; á ésta se cose un costal ó talega, y elevando los dos extremos superiores del *buitron*, y con los otros dos haciendo falda

en el suelo se va ojeando ó careando la langosta, hasta que se reúne y enjambra, y juntado luego los extremos del *buitron*, se reúne en el costal ó talega, cuyo fondo no ha de estar cosido sino atado, para vaciarlo con facilidad y enterrarla con más prontitud. Con este *buitron* se suelen emplear seis ú ocho personas. Los medianos vienen á ser de la misma forma, aunque más pequeños, pues tienen algo menos de 2 metros de largo y metro y medio de ancho; éstos se manejan por solo dos personas, para lo cual se ata á cada lado un palo de 1 metro de largo; y cogiendo cada uno por el suyo, hacen la figura de una cuna ladeada, y la llevan tocando por el suelo con un paso apresurado, por encima de las manchas de la langosta, que al salto se van recogiendo en la talega. También se hacen *buitrones* semejantes á un saco ancho de boca, que se manejan por una sola persona; á la boca se le ajusta un arco de media vara de diámetro, hecho de mimbres ú otras varas flexibles, y bien adentro se pone otro arco, del cual pende una manga de cabida de dos celemines; á la boca se atraviesa un palo sesgado como de vara y media de largo, que se toma por el cabo y se pasa rápidamente por las manchas de langosta, que al salto ó vuelo se cogen con facilidad.

Así que la ninfa ó salton llega al término de su crecimiento, ó sea á la tercera y última transformación, se despoja de su piel, llamada comunmente por los labradores *camisa* ó *zurron*, la cual sujeta y tiene como encerradas sus alas. Para conseguir mejor esta separación se agarra con los pies posteriores de cualquier arbusto, piedra ó cosa semejante, y con varios movimientos ondulatorios iguales á los de las orugas, saca la cabeza por la piel del cuello y va desnudándose la *camisa*; de cuya operación queda tan cansada que por algún tiempo no se mueve hasta que el calor del sol disipando la humedad, presta elasticidad á las alas y demás partes del cuerpo. Este es el momento que debe aprovecharse para esterminar á estos insectos, usando para ello de los látigos ó zurriagos de que hablamos anteriormente, como también de las pjaras de cerdos y de las manadas de pavos; teniendo presente que siempre que se use de estos animales para que se coman y destruyan dichos insectos, se ha de procurar que tengan el agua cerca, pues siendo para aquellos un alimento sabroso, lo toman con avidez, les escita la sed y necesitan beber con alguna frecuencia para ayudar á la digestión de esta sustancia fuerte y estimulante.

Así que los saltamontes y langostas se han despojado de su piel y las alas han adquirido todo el vigor necesario, entran en la época de la pubertad y comienza como es consiguiente la época de sus amores.

Todos los medios que dejamos enumerados anteriormente para estinguir estos insectos, pueden ponerse en práctica en este período y en el de su ayuntamiento, debiéndolos ejecutar ó bien durante las noches de luna, ó ya como espusimos antes, por las tardes, por las mañanas ó en los días lluviosos y nublados. Si bien como de suyo se comprende, en estos últimos casos se hace más difícil y mucho más dispendioso, porque habiendo adquirido las alas todo su desarrollo, los individuos del género *acridium* pueden remontarse sostenidamente á 300 ó 400 pies de elevación; las pequeñas especies del género *locusta* no hacen más que dar vuelos cortos; las de gran tamaño tienen ya mucha mayor resistencia, aunque no tanta como los saltamontes, pero la suficiente para eludir la persecución diseminándose por los campos á grandes distancias del punto en donde nacieron y causando los estragos según su número.

Los árabes y otros habitantes del Africa y del Asia, utilizan como alimento las grandes especies de ambos géneros, cosa que viene sucediendo desde la más remota antigüedad en los pueblos de la Etiopía, por cuya razón los historiadores griegos que nos han transmitido este hecho les denominan *acridófagos* ó comedores de langostas. Estos insectos son en cuanto á su uso alimenticio, objeto repugnante para los occidentales que comemos con avidez los cangrejos y los crustáceos marinos, mientras que los pueblos que acabamos de mencionar consideran ciertos insectos como el manjar más exquisito, y les causa admiración y repugnancia nuestro gusto y predilección por los crustáceos. Según el Evangelio de San Marcos, San Juan Bautista se mantenía en el desierto con miel de abejas bravas y con langostas; el hecho es por lo tanto que en el Oriente y en las regiones tropicales, muchos pueblos comen las grandes especies de ambos géneros, y más especialmente el *acridium migratorium* ó langosta adventicia, considerándose en último resultado muy dichosos cuando estas falanges devastadoras después de haber consumido toda la vegetación de un país, los pone en la dura alternativa de comerlas ó morir de hambre. En la Meca en los tiempos de escasez recogen las langostas y las reducen á polvo en los molinos para sustituir con él á la harina de trigo; y aun en épocas normales los árabes las comen con placer y las condimentan de diferentes modos. En Bagdad las langostas y saltamontes se venden en el mercado como uno de los géneros comestibles, y prefieren que estos insectos tienen el gusto sabroso y delicado del pichón, pudiendo el hombre consumir doscientos de ellos de una vez ó en cada una de las comidas. Así es que los cocineros de Oriente tienen distintas maneras de sazonar estos

insectos; mas según parece la más delicada y apetecida consiste en cocerlos primero en agua y después freírlos con mantea. En el Senegal y en la América meridional, se alimentan de dichos insectos, y los hientotes se llenan de alegría así que llegan las langostas emigrantes á su país, importándoles muy poco que destruyan toda la vegetación, pues es tanta la cantidad que comen de estos insectos, que en breve tiempo engordan y se robustecen. Su superstición es tal, que abrigan el íntimo convencimiento de que estas plagas son el benéfico presente que les envía un poderoso genio que habita en muy lejanos países hácia el Norte, el cual después de haber levantado la piedra que cubre cierto pozo muy profundo, deja salir las nubes de langostas destinadas exclusivamente á su alimentación y sustento.

Los judíos, mucho antes de la época de San Juan Bautista, se alimentaban de langostas y algunos otros insectos análogos, porque Moisés en el Levítico, capítulo XI, versículo 21 y 22, (1) al enumerar los animales que los hebreos podían comer, según el mandato de Dios por ser puros, designa cuatro insectos, á los cuales su traductor San Jerónimo ha dado los nombres latinos, *locusta*, *bruchus*, *ophiomachus* y *attacus*. Mas en la actualidad no podemos saber á ciencia cierta cuáles son los individuos que así denominaban los antiguos, si bien el nombre de *locusta* desde luego hace referencia á los saltamontes; pero los otros nombres han sido aplicados por los naturalistas modernos á insectos bien diferentes, por cuya razón se procede por inducción para formar idea de estos insectos. Desde luego el escritor sagrado los describe á todos cuatro como animales que tienen tres pares de patas, de las cuales las posteriores son más largas y dispuestas para saltar, cuyos caracteres son como espusimos antes, los del orden de los ortópteros. Según esto parece más que probable el que los hebreos han confundido con el mismo nombre diferentes especies de ambos géneros; así bajo el nombre de *locusta* han debido comprender las diversas especies de saltamontes como las langostas adventicias ó emigrantes; el *bruchus* parece ser una especie de langosta sin alas que tiene en el dorso unos elitos escamosos en forma de silla, con los cuales produce un ruido agudo y prolongado; el *ophiomachus* es la gran langosta verde ordinaria; su largo taladro en forma de sable, le ha hecho dar un nombre que quiere decir en griego combatiente de serpientes; por último, el *attacus* debe ser el mismo insecto en el estado de larva ó antes de que sus alas se encuentren desarrolladas.

Muchos otros insectos sirven de alimento á los pueblos salvajes, contándose entre otros las hormigas blancas; entre los antiguos griegos, las cigarras, y sobre todo sus larvas, eran en extremo apreciadas, y constituían un plato muy exquisito; y tanto en la antigüedad como al presente, en la América se comen las larvas de los grandes coleópteros que viven en los bosques, tales como las de los ciervos volantes, las del capricornio y la que denominan gusano palmista de las Antillas.

MELITON ATIENZA Y SIRVENT.

REPAROS A UNAS DEMOSTRACIONES

CRÍTICAS.

Núm. 7.

(Párrafo 3.º de las demostraciones.—MUSEO UNIVERSAL, núm. 51 de 1864).

Cuenta Cervantes en el cap. 58 de su *Ingenioso Hidalgo*, segunda parte (en la cual ya le confiere el título de *El Ingenioso Caballero*), que habiéndose puesto Don Quijote en medio de un camino con ánimo de hacer confesar á cuantos pasaran por él la hermosura de ciertas damas, fue atropellado malamente por unos toros, y aun por los vaqueros y otras gentes que venían con el ganado. Abatido el pobre señor, dice á su escudero después del lance: «Impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas... me he visto esta mañana pisado y acocorado y molido de los pies de animales inmundos y soeces.» Como no hay noticia de que haya toros soeces ni inmundos; como de los que pisotearon á Don Quijote no se dice cosa que autorice semejantes epítetos, que solo un demente enfurecido pudiera aplicarles; y como Don Quijote, aunque bien apesadumbrado, hablaba entonces con harlo juicio, hubo de creer que *inmundos* y *soeces* eran dos erratas de imprenta; y en las dos ediciones de Argamasilla sustituyó esos dos adjetivos con los de *indómitos* y *feroces*. Desaprueba el señor Acosta mi variante, y afirma desde luego que los calificativos adoptados por mí son mucho menos acomodables á toros que los dos que he deshechado. «Creemos (continúa) que, tratándose de toros, los adjetivos más propios son *bravos* y *cerriles*.»

(1) Véase la Biblia, edición de Gaspar y Roig, t. I, pág. 260.

Segun esta decision magistral, escribió algo impropriadamente Fray Luis de Granada en la Introducción al Símbolo de la Fe (parte 2.ª, cap. 23, párrafo 3.º) aquellas palabras con relación á Santa Blandina: «Encerrándola en una red, la pusieron delante de un toro feroz, para esto primero agarrochado.»

Y si el eminente Fray Luis de Granada se descuidó, no es de extrañar que Suarez de Figueroa, escritor estimable, pero que no se puede hombrear con el Ciceron castellano, estampara en la traducción del *Pastor Fido*, acto 4.º, estos versos:

«Como airado leon, que el cuerno fiero del indómito toro ora encuentre, ora huya. .» etc.

No hablemos del supuesto Alonso Fernandez de Avellaneda, que dió fin á su dedicatoria con estas palabras: «Poniéndole (á su Quijote) en la plaza del vulgo, que es decir, en los cuernos de un toro indómito.»

Aun hubo de andar el mismo Cervantes poco afinado en el entremés que intituló *El Retablo de las maravillas*, donde hizo á una de las interlocutoras decir: «Estas muchachas... no les ha quedado sangre en el cuerpo, de la ferocidad del toro.»

Fuera de chanzas, yo infiero de aquí, sea dicho con la buena licencia del señor Acosta, que no dejaba de haber en la época de Cervantes quien tuviese por acomodables á toros los dos adjetivos que se les aplicaron en las ediciones de Argamasilla.

¿Qué significa indómito?

El Diccionario de la Real Academia Española (libro que supone el señor Acosta debo tener á mano), me ofrece á la letra: «Aplicase al animal que no se puede domar y al que no está domado.»

¿Suelen estar domados los toros?

Y feroz ¿qué quiere decir?

«El que obra con ferocidad y dureza.»

Sepamos por ferocidad qué se entiende.

«Fiereza, crueldad.»

Los toros (y eso que los llevaban á la carrera) pisaron, acocearon y molieron á Don Quijote: no se deja ver sobrada blandura ni mansedumbre en el tal atropello.

Pero arguye el señor Acosta: «Don Quijote se propone comparar dos estados de su vida: uno de encumbramiento y gloria, el otro de abatimiento y humillación... El señor Hartzénbusch no debió buscar cuáles son los adjetivos que con mas propiedad pueden aplicarse á los toros, sino cuáles son los que mas naturalmente debían habérselo ocurrido á Don Quijote, para espresar con mayor verdad y fuerza todo lo humillante de la situación en que se encontraba.»

La situación de Don Quijote quedaba espuesta bastante con los participios *pisado*, *acoceado* y *molido*; y aunque los toros, lejos de ser ni soeces ni inmundos, fueran de sangre azul celeste por descender en línea recta del signo de Tauro, no hubiera sido menor la humillación del que recibió los pisotones y las coces y el molimiento; ni cuando se escribe comparando puede prescindirse de la propiedad conveniente en el uso de voz alguna. Vamos á otra cosa.

Al llegar los vaqueros cerca de Don Quijote, uno de ellos le dijo: «Apártate, hombre del diablo... que te harán pedazos estos toros.» Inmundos ó soeces, los bichos no carecían de empuje, segun el vaquero. Cervantes, que debía mejor que nadie saber qué serían, puso mas adelante: «El tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros... pasaron sobre Don Quijote.» Eran, pues, bravos aquellos toros, y no se dice mas de su índole ni de su linaje. Don Quijote no se amedrenta por lo que oye al vaquero, y replica: «Para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Jarama en sus riberas.» No niega Don Quijote que fuesen bravos; quizá porque lo cree se propone vencerlos: llegan, le derriban y pisotean; ¿qué se le debió á Don Quijote ocurrir para espresar toda la desgracia de su caída? Parece que, habiéndole derribado y acoceado hasta molestarle, debió pensar que no solo eran bravos aquellos cuadrúpedos, sino que lo eran de suerte, que habían podido tender á sus pies á tan bravo caballero como Don Quijote, para el cual, no habiendo podido él resistir su violencia, realmente habían sido irresistibles, indomables ó indómicos. Y supuesto que le habían tratado tan mal, empleando con insistencia en él su bruta fiereza, mejor los hubiera podido calificar de *feroces* que de *soeces*. Un animal soez ó inhumano puede no ser feroz ni llegar hasta indómico; y estos dos últimos adjetivos encarecen mucho mas el atropello, ó la fuerza de los atropelladores de Don Quijote, que los de *soeces* ó *inmundos*, y aun los de *cerriles* y *bravos*. En qué les conoció lo soez y lo inhumano no lo declaró Don Quijote, ni hubiera podido, porque no era verdad, ni su humillación consistía en la bajeza de los que le humillaron, sino en lo violento y duro de la embestida. Si quiso Don Quijote usar una hipérbole al hablar de los toros, la calificación de *soeces* ó *inmundos* no cabe en el buen gusto y acierto del que movía la lengua del atropellado: cuando encarece y exagera Cervantes, lo hace siempre con una oportunidad y una gracia que no se ven por cierto en el caso que nos ocupa.

Todo lo dicho se había ya buscado y hallado antes

que lo preceptuara el señor Acosta, quien sigue diciendo:

«En la escuela aprendimos de memoria:

«Que el grado de la ofensa á tanto asciende
Cuanto sea mas vil aquel que ofende.»

En la escuela hubiera podido aprender el señor Acosta que no es el toro bestia soez (ó vil), aunque sí feroz. De *el leon envejecido* cuenta la fábula:

«Cebados á porfía
Lo sitiaban sangrientos y feroces:
El lobo le mordía;
Tirábale el caballo fuertes coces;
Luego le daba el toro su cornada;
Después el jabalí su dentellada.»

Un vil (ó soez) hubo entre los matadores del rey de las fieras inválido: un jumento; pero no consta qué atropellaran asnos á Don Quijote.

Después de los toros le pasaron tambien encima puercos en el capítulo 68 de la 2.ª parte: á estos graduó nuestro insigne autor de animales *inmundos*, porque lo son, pues (sin acudir al cap. 11.º del Levítico) gustan de revolcarse en el cieno. Con igual propiedad, y por diferentes razones, calificó de *inmundas* en la novela titulada *La Gitanilla* á las sabandijas que inquietan en las cárceles á los presos; y lo mismo hizo en el libro 4.º cap. 5.º de su *Persiles*. Quien llamaba inmundos á los cochinos y á las chinches, no habia de aplicar igual calificativo á los toros.—Continúa el señor Acosta:

«La sentencia anterior no es mas que el reverso de la siguiente:

«Y tanto el vencedor es mas honrado
Cuanto mas el vencido es reputado.»

«Por esto al cantar Camoens la mas señalada victoria que contra las armas de Castilla alcanzaron las de Portugal, dijo:

«A sublime bandeira Castellhana
Foi derribada aos pés da Lusitana.»

Pregunto yo aquí al señor Acosta y á todo español: el calificativo *sublime*, aplicado por Camoens á la enseña que triunfó en Sevilla, Toledo y las Navas, ¿tiene algo de impropio? ¿Es innecesario ó exagerado? ¿Es menos que justo siquiera? Sin jactancia puede sostenerse que no.

¡Ay! Entonces nada tienen que ver los versos de Camoens, que están bien escritos, con la prosa que viciaron á Miguel de Cervantes: en aquellos no hay impropiedad alguna; en ésta sí; hay dos gordas erratas. Con mucha razon exclamó el señor Acosta una vez: «¡Son tan buenos los ejemplos cuando son buenos!»

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

CEREMONIAS DE LA SEMANA SANTA

EN JERUSALEM.

NOTAS DE UN VIAJERO.

I.

EL VIAJE Á BORDO.

Tengo miedo y aun horror al mareo. En la fonda en que me detuve en Marsella antes de emprender este viaje me aconsejaron que permaneciera al aire libre, y desde el primer momento me acosté en mi cabina: allí con un limon en una mano y un libro en otra procuré fijarme lo posible en la descripción de Jerusalem.

El rumor lejano de un cántico religioso vino á distraerme de mi lectura, y entonces me atreví á subir sobre cubierta. Estaba oscureciendo. Algunos jóvenes y sacerdotes reunidos en la popa cantaban el *Ave Maria Stella*. El mar estaba sereno, el cielo despejado y puro: yo no sentía molestia alguna. Un oficial del barco me dijo que aquel grupo de religiosos era una de las caravanas que casi todos los años van á Jerusalem bajo los auspicios de la obra de los peregrinos en Tierra Santa, fundada en 1854 en París. Estos peregrinos, cuyo número se ha elevado algunas veces hasta treinta ó cuarenta, tienen siempre por guia ó director un eclesiástico. En Marsella oyen una misa en la capilla de Nuestra Señora de la Guardia, donde se da á cada uno de ellos una cruzcita de plata que llevan al pecho. A bordo se suele alzar para ellos un altar portátil en el fondo del salon de primera, donde todas las mañanas se celebran muchas misas. En general: su peregrinación dura sesenta dias, de los cuales se consagran cuarenta á la permanencia en Jerusalem y á la exploración de la Tierra Santa. Segun el convenio hecho con la compañía de las mensajerías imperiales y con un habitante de Jerusalem, el precio total de viaje, á partir de Marsella hasta la vuelta á Francia, comprendiendo la manutención, es de mil doscientos cincuenta francos para la primera clase y de mil para la segunda, que es poco mas ó menos lo que me habria costado mi viaje de un mes, si hubiera vuelto yo

solo. El precio ordinario de un billete de primera á bordo de los barcos de la compañía, comprendiendo siempre la mesa, es de quinientos cuarenta y ocho francos de Marsella á Jaffa; pero no se va mal en segunda, cuyo precio es de trescientos ochenta y cinco francos. Un jóven pintor, con quien vine de retorno, y el cual se habia acomodado en cuarta clase (123 francos), solo gastó en totalidad seiscientos francos, y habia explorado con el lapiz en la mano la Palestina y la Siria por espacio de seis semanas.

El trayecto de Marsella á Jaffa se hace en diez dias ó doce á lo mas. De paso se toca en Malta y en Alejandria.

En Malta no quise acompañar á los peregrinos y demás pasajeros á las visitas que hicieron al palacio de la *Valette*, al convento del osario de los capuchinos, á la catedral de San Juan, al palacio del Gobernador, á *Civitta Vecchia* y á la gruta de San Pablo. Ni tuve mas curiosidad en Alejandria, donde tampoco nos detuvimos mas que algunas horas. Donde sentí alguna emoción fue ante la roca de Jaffa, el undécimo dia de mi salida de Francia. Pero aun no puedo asegurar si en el fondo de mi turbación palpitaba otra causa que el sentimiento de dolorosa impaciencia que se despertaba en mí mas vivamente al aproximarse al objeto.

Preciso fue pasar la noche en Jaffa. En un dia y una noche se va á caballo de Jaffa á Jerusalem por la llanura de Garon, Ramlé y el valle de Terebinto. Desde una media legua de distancia se ve la ciudad santa, aislada, circuida de murallas y solemnemente árida como el paisaje en que se encuentra.

II.

JERUSALEM EN LA SEMANA SANTA.

JERUSALEM.—HOSPEDAJES.—UNA CONVERSACION DE SOBREMESA.

Verdaderamente me estremecí en presencia de esta célebre ciudad, y entonces habia en mi sentimiento una mezcla de esas grandes emociones que deben espermentar ante tan maravilloso espectáculo todos los hombres serios y de buena fe, atendiendo á la extraordinaria influencia que este punto de nuestro globo ejerce en los destinos humanos desde hace diez y nueve siglos.

No hubo pocas dificultades para alojarme. Me fue imposible hallar cabida en el hotel *Simeon* sobre el monte Sion: lo mismo me sucedió en el *English hotel* en la *Via Dolorosa*, y llegó un momento en que creí que el único recurso era ir á dormir bajo una tienda fuera de la ciudad; pero no tengo una edad muy á propósito para aceptar alegremente una vida tan pastoril. Por fin tuve la dicha de hallar acomodo en el hotel cristiano ó *Mediterranean hotel*, junto á los estanques de Ecequias. Como yo deseaba seguir viviendo á mi gusto no tuve escrúpulo en dar cincuenta ó sesenta reales diarios. Desde las azoteas del hotel veia perfectamente toda la ciudad, el monte de las Olivas, la iglesia del Santo Sepulcro con sus cúpulas y la mezquita de Omar. Acaso hubiera podido acomodarme en la *Casa nuova*, que depende del convento latino; pero con razon ó sin ella mis compañeros de viaje que no eran peregrinos, me habian informado mal de aquel género de hospitalidad dudosa, pues está uno incierto sobre lo que ha de pagarse el dia de la partida.

Bien sabia yo que Jerusalem, verdadera capital del cristianismo, pertenece á los turcos; pero estaba completamente absorto, escandalizado, como si no lo supiera. ¿Qué hacen, pues, todos estos turcos alrededor del sepulcro de Cristo? ¿Cómo! ¡Jerusalem es Turquía!

Querria yo oír á algun sabio profesor de historia explicar cómo y por qué por espacio de diez y nueve siglos, los cristianos, tan orgullosos de su superioridad sobre el resto del mundo, no han sabido nunca hacerse definitivamente dueños de su ciudad santa ni por fuerza ni por política ni de ninguna manera. ¿Hay cosa mas rara en el mundo que el hecho de poseer los infieles esa porción de sagrada tierra? ¿No es ella la patria de todos los cristianos? Todos los dias oigo decir: Turquía se muere de pobreza. Y bien, el momento es favorable: que se les compre la Palestina. Yo supongo que si cualquier Estado europeo quisiera dar en su fervor cristiano un solo año de sus rentas por esta adquisición, el gran turco hallaria muy aceptable el negocio. Muy bueno es, si se quiere, defender el trono temporal del sucesor de San Pedro; pero ¿es por ventura cosa indiferente la cuna y el sepulcro de Cristo? ¿La causa de ese abandono es nuestra impotencia ó nuestro descuido? Nos alzamos en guerra contra los chinos y los cochinchinos; armamos nuestros bajeles para ir á ponerlos en razon; asaltamos y quemamos sus palacios. Esto es ciertamente muy glorioso, pero mucho mas cerca de nosotros soportamos la dominación del turco en el suelo de nuestra patria religiosa. En verdad que somos unos hombres singulares.

Al acabar de comer un dia espresé mis opiniones con un calor que hizo reír á todos los comensales, y un señor de grandes bigotes me contestó muy seriamente:

«Los latinos, caballero, no se interesan mucho en



MONASTERIO DE SANTA MARÍA DE VERUELA —ARAGON.

lo que pasa por aquí, siendo mas aficionados á peregrinar por Roma ó por Nuestra Señora de Loreto, que por Jerusalem. En 1808 se quemó el Santo sepulcro. ¿Quién lo restauró? ¿Fueron los latinos? Nó: los griegos solamente tuvieron este honor. Y ¿cuántos latinos cree usted que hay en este momento en Jerusalem como peregrinos? Ciento á lo mas, comprendiendo en este máximum exagerado sacerdotes, legos, hombres, mujeres, franceses, italianos, españoles, etc. ¿Y

los peregrinos griegos, cuántos son? Doce mil lo menos. Yo no supe qué replicar.

—¿Es griego este señor? pregunté en voz baja á uno de mis compañeros de mesa.

—Sin duda, me contestó: es griego, puesto que es ruso.

¡Latino! ¡Griego! ¡Ruso! Me estravfo. Seguramente se trata aquí del cisma; pero mis ideas sobre estas diferencias no son bastante claras.

Por la noche en mi cuarto consulté el libro del reverendo padre Laerty-Hadji, y hé aquí en un breve resumen lo que me pareció mas esencial.

UN POCO DE ERUDICION INDISPENSABLE.

En los primeros tiempos del cristianismo los nombres de Iglesia Latina y de Iglesia Griega no servian sino

para indicar la diversidad de las dos lenguas principales que hablaba el pueblo cristiano. El papa gobernaba toda la cristiandad desde la silla de San Pedro en Roma, teniendo en Oriente por representantes dos patriarcas, uno en Antioquia y otro en Alejandría. Mas tarde el patriarca de Constantinopla reclamó el primado de honor, después del obispo de Roma. En 857 uno de estos patriarcas bizantinos, Phocio, desconoció la autoridad de la santa silla y se la atribuyó á sí propio sosteniendo que el obispado de Roma no había debido sus privilegios sino á la residencia de los emperadores en esta ciudad, privilegios que habían pasado legítimamente á Constantinopla, asiento ya del imperio. La Iglesia Latina, decía, ha perdido el pontificado y la supremacía, y la Iglesia de Constantinopla, que ocupaba el segundo lugar, adquiere por orden de sucesión el primero. Esta pretension fue vivamente rechazada al principio y aun vencida en apariencia, pero luego volvió á presentarse y la separacion de ambas Iglesias vino á ser definitiva en 1093. La Iglesia Rusa fluctuó largo tiempo entre la Iglesia Latina y la Griega, hasta el dia en que Pedro el Grande suprimió las funciones de patriarca y se proclamó él mismo por jefe de la Religion. Ya en nuestros tiempos (en 1833) los verdaderos griegos ó helenos declararon la independencia de su Iglesia nacional.

Ahora bien: la Iglesia de Oriente, ó por conservar su denominacion general, la Iglesia Griega está fraccionada en tres nacionalidades religiosas: los griegos ú orientales que reconocen la supremacía del patriarca de Constantinopla; los rusos, que dependen de su emperador y los griegos ó helenos, cuyo rey y el sínodo de Grecia son los gefes supremos.

Tres puntos principales dividen la Iglesia Griega de la Iglesia Latina:

- 1.º La Iglesia Griega no reconocía la supremacía del papa.
- 2.º Los griegos comulgaban bajo las dos especies, mientras que los latinos no comulgaban sino bajo la especie del pan.

- 3.º La Iglesia Griega hace proceder al Espíritu Santo del Padre solo, y la Iglesia Latina desde el reinado de Carlomagno lo hace proceder del Padre y del Hijo.
- Estas breves nociones históricas me serán muy útiles para comprender lo que aquí pasa.



CONSTANZA NANTIER DIDIER.

IV.

LOS PEREGRINOS EN JERUSALEM. — UN CAMPAMENTO GRIEGO Y LA PUERTA DE BELEM. — SUFRIMIENTOS DE LAS CARAVANAS GRIEGAS.

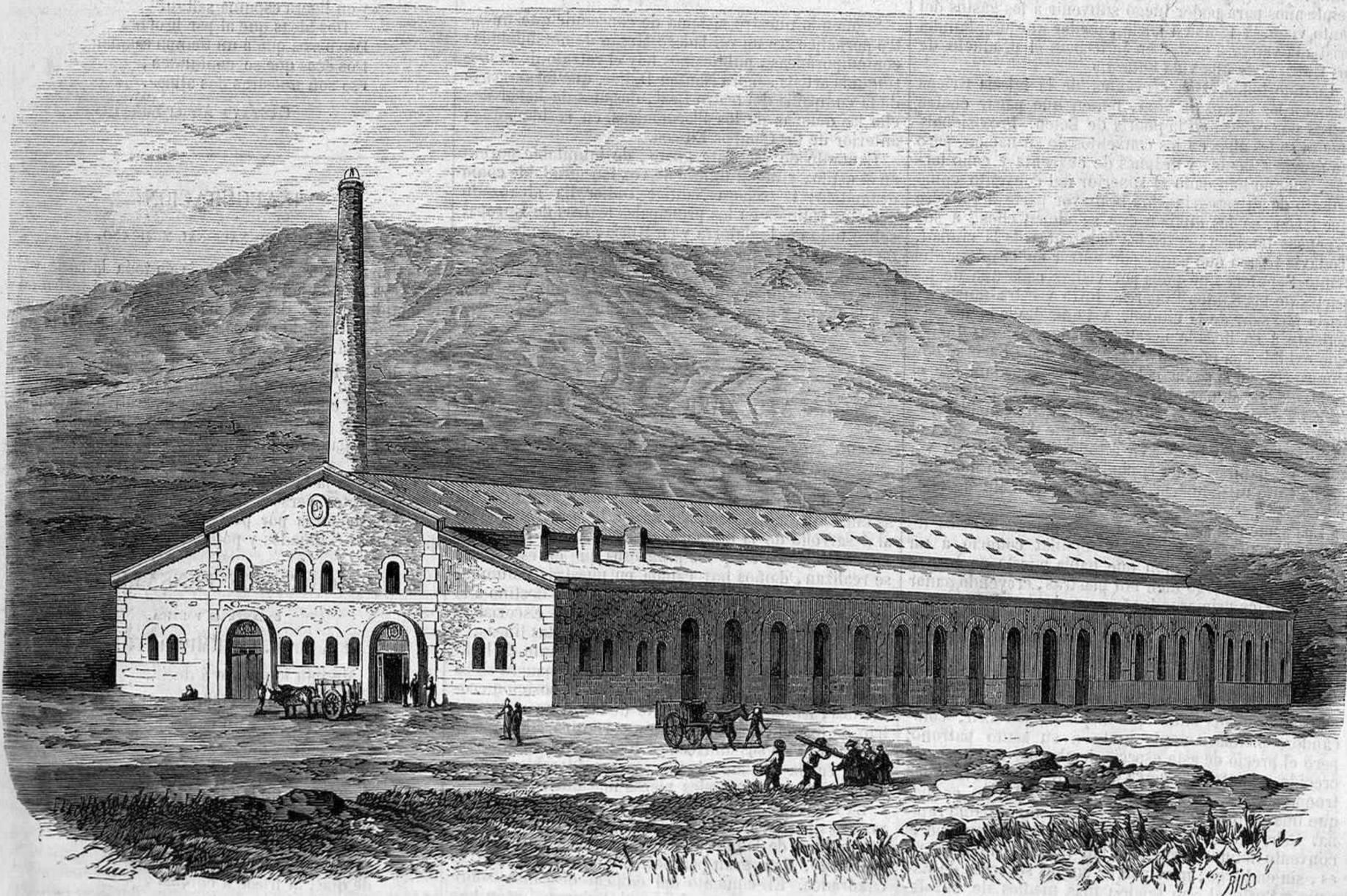
Es muy cierto: los cristianos de la Iglesia Latina son muy escasos en Jerusalem, tan escasos que parece no haber ninguno. Bien contados apenas sumamos ochenta cristianos extranjeros en la ciudad y sometidos á la autoridad de Roma. En este pequeño número predominan los franceses y los austriacos. Me avisan que los latinos se reunirán mañana en el patriarcado: no estarán muy desahogados. Sus guías y gefes mientras las ceremonias de Semana Santa son el patriarca italiano, delegado por la santa silla y que se titula *el guardian de Tierra Santa*, el reverendísimo superior de los padres franciscanos del convento de San Salvador, el cónsul y el canciller de Francia.

Comienzo mis paseos y pregunto por todo: todo me admira é interesa.

Jerusalem está ordinariamente muy desierta, se me dice: en este momento está muy poblada: sus habitantes sedentarios son cerca de 14,000, entre los cuales hay unos mil doscientos cristianos de diversas Iglesias: el resto es de judíos, musulmanes y griegos. La Semana Santa atrae peregrinos griegos de todos los paises, cristianos de la Palestina y musulmanes. Evalúan la poblacion flotante que llena repentinamente la ciudad hácia el tiempo de Pascuas en treinta ó cuarenta mil.

Es en verdad un singular espectáculo esta confusion de gentes de diferentes naciones, vestidas tan diversa y miserablemente y circulando por las calles estrechas, tortuosas, desempedradas, bajo las puertas bajas, en los hazares sombríos de esta pobre ciudad santa, que yo hallaria sucia y fea, si no la considerara al través del prestigio de sus grandes recuerdos históricos y con un respeto filial. Una madre nunca es fea para sus hijos.

Errando un poco á la ventura llevo á la puerta de Belen y á poca distancia descubro muchos grupos de



LA AZUCARERA REFINADORA. — FÁBRICA CONSTRUIDA EN EL ESCORIAL POR LA SOCIEDAD DE ESTE NOMBRE.

tiendas: son campamentos de peregrinos que preceden y esperan grandes caravanas. Todos los días cerca de las Pascuas se ven desfilar por el mismo paraje grandes muchedumbres de hombres, mujeres y niños que vienen de Rusia, del Danubio, de la Rumelia, de Constantinopla, de la Armenia, de Siria, de las islas Jónicas, de Grecia, de la Abisinia ó de Egipto, y de otros países.

Estos cristianos griegos no tienen el menor aire del siglo XIX y demuestran el mismo fervor que los latinos tenían en lo mas sombrío de la edad media. Creen que es absolutamente necesario hacer la peregrinación á Jerusalem á lo menos una vez en la vida. Casi todos son pobres gentes y emprenden este largo y penoso viaje en familia. Lástima da ver los fatigados rostros y estenuados miembros de los ancianos, de las mujeres, de las doncellas y de los niños. Casi todos traen algunas pacotillas de géneros que esperan vender en la ciudad santa. ¡Cuánto deben sufrir desde que salen de su patria! Sobre todo los que tienen que atravesar el mar deben sufrir rudamente. Se les amontona en los pequeños barcos de los marineros griegos de cabotaje, hábiles y astutos, pero que sin prisa de llegar arriban á todos los puntos del litoral donde creen hacer alguna ganancia. Imagínense los estragos que el mareo, las epidemias y las privaciones de toda clase hacen en este conjunto de desdichados cristianos: muchos de los mas débiles sucumben. Y en tierra no son menores los sufrimientos y peligros. A este propósito dice un autor:

«Las caravanas cristianas marchan por orden y bajo el mando de un jefe como las grullas y las cigüeñas, cuando pasan á otros climas: van con las provisiones de viaje con los vasos y los utensilios de cocina, suspendidos á los costados de los camellos y de las mulas; son familias enteras seguidas de todo el aparato doméstico, contando por nada las fatigas de un viaje de muchos centenares de leguas, caminando desde la aurora hasta la noche á la inclemencia del tiempo, pasando las noches al raso, y cuando los víveres se agotan comiendo lo que encuentran como las aves del cielo. No solamente los hombres robustos son los que se imponen tantas fatigas y privaciones; son débiles ancianos que no quieren morir sin ver á Jerusalem; mujeres destinadas á una vida mas pacífica y niños apenas salidos de la cuna, los que vienen á hacer su aprendizaje de la vida á los caminos de la ciudad en que su Dios padeció y murió. Aunque las piadosas caravanas no se arriesgan á caminar sin armas, suelen caer en manos de los rapaces beduinos. ¡Qué de lágrimas entonces! Porque es menester dinero, mucho dinero, para concluir la peregrinación. Hay quien trabaja diez y aun veinte años para poder luego subvenir á los gastos del santo viaje. Y tambien suele suceder que una familia cristiana venga á gastar en Jerusalem el producto de los trabajos de una vida entera.»

Cuando todos estos creyentes de la Iglesia Griega llegan á los muros de Sion, tienen que pagar cuatro *paras* por cabeza en la puerta de Belen. Provisionalmente se les aloja en los conventos de su nacion, pero no graciosamente, y despues de cuarenta y ocho horas, cuando han dado al superior del convento como tributo de su peregrinación la mayor parte del dinero que traen, se les envia á que se alojen ellos, á sus espensas tambien, entre los habitantes de la ciudad. Todavía tienen que pagar por entrar en la iglesia del Santo Sepulcro, despues por visitar cada una de las partes de los Santos Lugares, intra y extra-muros, y hasta por salir de la ciudad. Asi que desde el día siguiente á su llegada los desdichados viajeros tienen que exhibir sus miserables mercancías para hacerse con dinero. No sé si se ha calculado aproximadamente el total de las sumas que la piedad de los peregrinos griegos derrama cada año en Jerusalem: considerable debe ser, porque ademas de lo que de ellas saca el fisco musulman, hace vivir á todos los conventos y á todos los habitantes de la ciudad. Jerusalem no tiene agricultura ni industria y vive simplemente de tales exacciones.

Los armenios son al parecer los mas generosos de todos los peregrinos. Mr. Poujoulat conoció á un cristiano de esta nacion que habia puesto en manos del patriarca griego cien mil piastras, creyendo ganar asi uno de los primeros lugares en el reino de los elegidos. Ofrecense á quien puede pagarlos grabados que representan á groseros rasgos el paraiso en forma de anfiteatro como se describe en las antiguas leyendas. Hay localidades reservadas cerca de los santos en las gradas semicirculares del sacro estrado: los peregrinos compran los sitios que mejor les parecen, colocándose ordinariamente junto á su santo patrono; pero el precio de esta especie de alquiler es tanto mas crecido, cuanto mas cerca está el lugar reservado del trono celestial. Esto, hay que confesarlo, no es mas que una odiosa superchería y hasta una infame rapiña. Debo añadir en honra de la civilizaci6n que el convento latino es ageno á tan indignos manejos. Y es, sin embargo, muy pobre; sin los socorros de España y Portugal, no tendria mas medios de subsistencia que la venta de las reliquias y de los rosarios benditos, fabricados en Jerusalem ó en Belen, y de los cuales remesa grandes cajas á los puertos de San

Juan de Acre, de Jaffa y de Alejandria, de donde se esportan principalmente para Malta, Sicilia, España y Portugal.

(Se continuará).

X

SANTA MARIA DE VERUELA.

En este número ofrecemos á los lectores de El Museo la vista del célebre monasterio de Veruela, tomada del natural por don Valeriano Becquer. Asi la fundación de este monasterio que va unida á una de esas poéticas leyendas tradicionales de los siglos remotos, como los rasgos de su historia y la descripción de los tesoros arquitectónicos que contiene, ofrecen ancho campo á la fantasía del poeta y al estudio del arqueólogo y del historiador. Erigido al pie del Moncayo, y en el valle que le ha dado nombre, al comenzar el siglo duodécimo, guardan sus muros inestimables vestigios de los diferentes géneros de arquitectura que han venido sucediéndose unos á otros hasta nuestros días, desde aquella lejana época. La importancia histórica del monasterio, realizada por la imponente grandeza de su fábrica y el mérito y la variedad de sus detalles, le ha granjeado entre los inteligentes el sobrenombre de *El Escorial de Aragón*; sobrenombre que justifica en todos conceptos la magnífica obra debida á la munificencia y la piedad de don Pedro Añares.

El gobierno de S. M., aunque corta, ha consignado hace poco una suma en el presupuesto del ministerio de Fomento con destino á las reparaciones mas indispensables de este edificio, cuya ruina se hace inminente.

Por nuestra parte, y creyendo que los suscritores de El Museo lo verán con gusto, contribuiremos á dar la merecida popularidad á este glorioso monumento del arte publicando algunos dibujos tomados del natural, merced á los cuales podrá formarse una idea de lo mejor que contiene, y escribiendo algunos párrafos acerca de su fundación y su historia.

Al llevar á cabo este pensamiento en uno de los números próximos, tendremos igualmente ocasion de hablar de las fiestas religiosas que aun se celebran en los lugares próximos al monasterio por los devotos de la antiquísima imagen que en él se venera, dando á conocer de paso varios tipos del país.

CONSTANZA NANTIER DIDIER.

Siguiendo nuestro sistema de conseguir que nuestro periódico sea un verdadero Museo de notabilidades contemporáneas, publicamos hoy el retrato de la distinguida artista señora Nantier Didier, que forma parte de la compañía del teatro Real, despues de haber hecho las delicias de los filarmónicos en la temporada anterior de los Campos Eliseos.

Cantante de exquisito gusto, de inimitable pureza en el estilo, y de un timbre de voz tan agradable como dramático; la señora Nantier Didier ha alcanzado grandes triunfos en los principales teatros de Europa, sobre todo en Inglaterra y en Rusia, de donde acaba de llegar.

Los que la han oido en *Guillermo Tell* y en *El Profeta*, recordarán siempre á la bella y arrogante Matilde, y á la tierna y generosa madre de Juan de Leyde.

LA AZUCARERA REFINADORA.

FÁBRICA CONSTRUIDA EN EL ESCORIAL POR LA SOCIEDAD DE ESTE NOMBRE.

Cumpliendo nuestro propósito de alentar en cuanto se encuentre á nuestros alcances á los que se dedican al desarrollo de la industria española, y de dar á conocer los adelantos y los progresos que en este ramo se realizan, damos hoy cabida en nuestras columnas á la vista de la magnífica fábrica que con destino á la refinación de azúcares ha edificado en el Escorial la sociedad cuyo título sirve de epígrafe á estas líneas.

El edificio se levanta bajo la misma rasante de la línea férrea del Norte. Al situarle de esta manera se ha tenido en cuenta sin duda la buena disposición económica, basada en el transporte de las mercancías que han de introducirse y extraerse por los carriles que se internan hasta sus almacenes. Esta misma via proporciona en la actualidad ahorros considerables en la aportación de las grandes piezas mecánicas.

La forma de la fábrica es un rectángulo cuyos lados mayores parten de Este á Oeste, y miden cada uno 100 metros de longitud, mientras los menores constan de 40. Este gran perímetro abraza 4,000 metros cuadrados. El cimiento del edificio descansa sobre granito; los muros exteriores é interiores, están hechos de los mas sólidos materiales, alternando la mampostería con los sillarejos, y viéndose las jambas di-

teles y dovelas labrado todo con la mayor consistencia y perfección.

La forma general de la fábrica la constituyen tres naves en el sentido longitudinal de toda la planta: de estas naves la central tiene 20 metros de ancho y las dos laterales 10 cada una, encontrándose las oficinas, perfectamente distribuidas en sus tres espacios.

Pero si bien la fábrica es notable por su forma exterior, lo mas digno de examen es seguramente la maquinaria que encierra y la cual ha salido de los acreditados talleres de los señores J. F. Cail y compañía, de París. Hay dos generadores de vapor, del sistema tubular, con fogón de cobre, provistos de sus llaves y del mecanismo para elevar el azúcar á la caldera de clasificación; admirándose igualmente en la fábrica el condensador de inyección, la bomba de aire de doble efecto de sistema horizontal con máquina de vapor de escape fijo, prensas para espumar, calderas inmensas de cobre con doble fondo de hierro para el lavado de los sacos, y otros mil y mil mecanismos tan perfectos como curiosos, los cuales una vez puestos en juego ya terminada de montar la fábrica constituirán uno de los centros industriales mas curiosos y dignos de ser visitados.

La sociedad que venciendo las inmensas dificultades que siempre surgen al lado de las empresas de tanta magnitud, ha logrado realizar un pensamiento tan útil para el país en general, como beneficioso para sus individuos merece la enhorabuena de cuantos se interesan en el porvenir y la prosperidad de la industria española. Nosotros no terminaremos estas líneas sin dársele de todo corazón y sin hacer votos para que el éxito corone en breve los esfuerzos de sus fundadores.

DOS Y UNO.

Dos rojas lenguas de fuego
que de una hoguera se alzan
y se buscan, y al besarse
forman una sola llama.

Dos notas, que del laud
al par vibrando se lanzan,
y en el espacio se encuentran
y armoniosas se abrazan.

Dos girones de vapor,
que en la tarde se levantan,
y en el lejano horizonte
forman una nube blanca.

Dos olas, que vienen juntas
á morir sobre una playa,
llegan, chocan, se deshacen
y en ligera espuma saltan.

Dos ideas que al par brotan;
Dos besos que á un tiempo estallan;
Dos ecos que se confunden,
eso son nuestras dos almas.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

INAUGURACION

DEL TEATRO NACIONAL MEXICANO.

Ultimamente y con asistencia de toda la corte y de la nueva aristocracia, se ha inaugurado el teatro nacional de Méjico, del cual ha sido nombrado director nuestro distinguido compatriota, el célebre poeta don José Zorrilla.

A juzgar por lo que dicen los periódicos de aquel país, el acto estuvo tan brillante como era de esperar teniendo en cuenta los muchos preparativos hechos de antemano, y la inteligencia y el buen gusto de la persona encargada de disponer esta solemnidad dramática.

Concluida la función el señor don José Zorrilla leyó los siguientes versos, que creemos verán con gusto nuestros lectores por pertenecer á uno de nuestros poetas mas estimados y populares.

LA CORONA DE PENSAMIENTOS.

GALANTERÍA POÉTICA.

A S. M. LA EMPERATRIZ.

Me han ido acaso á decir,
y lo he osado esperar,
que de mi boca un cantar
os dignaríais oír;

y no queriendo perder
dicha para mí tan buena,
una tosca cantilena
os he venido á traer.

Me asalta, empero, el temor
de que, al frosle á entonar,
no corresponda el cantar
á vuestro imperial favor;